

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

ALLISON V. HARDING

LA MARMOTA

Nunca he admirado a mi hermano. Edward Allis era un fanfarrón, egoísta y vanidoso. No tenía ningún interés en el trabajo duro, la ética, y no era de mucha utilidad para mí. Después de que una pequeña herencia familiar se dividiera entre nosotros, no lo vi mucho más. Invertí mi parte en un pequeño negocio, mientras que Edward prefirió salir a explorar terrenos exóticos. ¡Buen viaje!

Aun así era mi hermano, y cuando recibí ese telegrama angustiado: Jim, ven rápido. Te necesito. Estoy desesperado, reaccioné como lo haría cualquier hombre, supongo.

No había visto a Edward desde hacía bastante tiempo, y el tono del telegrama me desconcertó. La dirección estaba en una ciudad a unas pocas horas de distancia y pude llegar allí la noche de ese mismo día.

Recuerdo la conmoción cuando vi a Edward. Es cierto, habían pasado dos años y medio desde que la última vez, pero un hombre normal no debería cambiar tanto. Me saludó casi histéricamente.

—Dios mío, me alegro de que estés aquí, Jim —su palma estaba húmeda de sudor cuando nos dimos la mano.

—Bueno, Edward, ¿de qué se trata todo esto?

Noté que sus habitaciones eran cómodas en un departamento de buen gusto. Sin hablar, me indicó distraídamente una silla. Me senté y miré a mi hermano que caminaba frente a mí. Sus pequeños ojos de cerdo que antes me desagradaban, ojos furtivos que siempre eran la señal de alguna diablura, ahora estaban dilatados por el miedo. Me quedé callado, esperando que rompiera el silencio. Sus pequeños movimientos rápidos y nerviosos se detuvieron de repente y se paró frente a mí.

—Jim, los médicos me dicen que estoy, bueno, loco. Quieren que vaya a algún lugar para recibir tratamiento.

Controlé mi sorpresa y él no hizo ningún comentario. Edward prosiguió.

—¡Pero es indignante! Ojalá pudiera hacer que me creas.

—Empieza por el principio —sugerí—. Después de todo este tiempo, tú y tus asuntos me resultan extraños.

Edward se obligó a sentarse en una silla a mi lado, la corbata había perdido peso, noté, y su rostro, una vez redondo, había adelgazado increíblemente.

—Mira, Jim. Quiero que vayas a ver al doctor Jeffries. Él es el hombre que me atiende. He visto a muchos otros, pero se supone que él es el mejor. Tú y yo no siempre nos llevamos bien, pero sabes que no estoy loco. ¡Sabes que eso es absurdo!

—No entiendo... —comencé.

Edward se apresuró:

—Verás, tengo una especie de aflicción, pero es algo físico. No es mental. Sé que no lo es. ¡Sé que no lo es!

Aclaré mi garganta.

—A lo que se reduce todo esto, Ed, es que quieres que vaya a ver al doctor Jeffries y responda por tu cordura. ¿No es un poco tonto? Quiero decir, ¿qué peso tendrían mis opiniones? No he puesto los ojos en ti durante, bueno, ¿cuánto ha pasado? ¿Casi tres años?

Edward se levantó y se acercó. Agarró mi brazo con un espasmo nervioso.

—Jim, al menos ven conmigo. Ven conmigo a lo del doctor Jeffries mañana por la mañana. Nunca nos hemos pedido mucho el uno al otro. Tienes que hacerlo por mí.

Asentí con cansancio.

—Está bien, Ed. ¿Puedo quedarme a pasar la noche?

Él sonrió y me dio unas palmaditas.

—Claro, claro. Estoy muy contento de que te quedes.

Me acosté en la habitación de invitados, junto a la de Edward. Había traído algunas órdenes y decidí estudiarlas después de meterme en la cama. Mi negocio aún era joven y tenía un gran interés en él.

Supongo que mi concentración en estos asuntos personales era tan grande que los ruidos de la habitación contigua se convirtieron en gritos a todo trapo antes de que los escuchara. Sin calzarme, caminé por el frío suelo hasta la puerta que conducía a la

habitación contigua. Estaba abierta. Mi hermano estaba encima de su cama, doblado en agonía. Un extraño, horrible silbido salía de él.

—Por el amor de Dios, Ed, ¿qué pasa?

Pensé fugazmente en un ataque de apendicitis aguda pero luego vi que se estaba agarrando la parte superior de su pierna derecha. Cuando puse mis manos sobre él, los paroxismos de dolor parecieron pasar. Se estremeció bajo mi agarre y se enderezó de su postura de navaja, aunque todavía agarrándose el muslo. Me quedé junto a él.

—Esto es lo que me han estado diciendo que es mental —dijo con una voz debilitada—. ¡Mental! ¿Entiendes, Jim? Me dicen que me estoy imaginando esto.

—¿Qué cosa?

—Este dolor. Este espantoso algo en mi pierna.

—En el nombre del cielo, hombre, dime a qué te refieres.

Edward me miró con horror y desesperación. Se tocó el muslo.

—Hay algo ahí, Jim. Algo vivo. ¡Quiere matarme!

Vimos al doctor Jeffries a las 10 en punto de la mañana siguiente. El psiquiatra, porque eso es lo que resultó ser, era un anciano cuya personalidad contundente se podía sentir en el momento en que uno entraba en su consulta. Edward se lanzó inmediatamente a una descripción minuciosa de su ataque de la noche anterior. Se volvió hacia mí en busca de corroboración. Asentí lentamente.

—Sí, lo vi, doctor. Obviamente, mi hermano tenía mucho dolor.

El doctor Jeffries sonrió amablemente.

—Por supuesto, por supuesto. Tiene un gran dolor, señor Allis, pero la causa de ese dolor —se dio unos golpecitos en la frente de manera significativa—, está aquí.

La reacción de Edward a este anuncio fue inmediata.

—Es imposible, se lo digo. Sé lo que siento. ¡Está ahí! Hay algo ahí en mi pierna. Iré a otra parte. Intentaré con otro médico.

El doctor Jeffries negó con la cabeza.

—Haga lo que desee.

Miró directamente a Edward.

—Ahora, me pregunto si te importaría dejarme a solas con tu hermano.

Edward salió de la habitación. Después de que la puerta se cerró de nuevo, el médico se volvió hacia mí.

—Es bueno que esté aquí para cuidarlo, señor Allis. Su hermano está muy enfermo.

—¿No me diría la situación, doctor? Sé tan poco... Lo vi anoche por primera vez en dos años y medio. Ha estado fuera del país durante gran parte de ese tiempo, creo. Sabía que viajaba, pero nunca nos mantuvimos en contacto.

—Entonces probablemente sepa más sobre él, señor Allis, que usted. Es un caso interesante. No nos facilita las cosas. Debería estar bajo tratamiento constante.

Me incliné hacia adelante.

—No cuestiono su juicio sobre el caso, doctor Jeffries. Sin embargo, como dije antes, vi este ataque anoche. Juro que mi hermano estaba sufriendo una tortura infernal. Dolor físico real. Se agarró la pierna en agonía y me dijo que había algo, eso es lo que dijo, algo allí que lo mataría.

—Precisamente. Esa ha sido su historia todo el tiempo, señor Allis. Al principio fue a los médicos generales y se puso en ridículo exigiendo radiografías y sometándose a otros procedimientos clínicos. Ya sabe, la mente hace muchas cosas extrañas. Puede engañar, hacernos creer que una parte u otra de nuestra anatomía es el lugar de un dolor insoportable.

—¿Quiere decir entonces que realmente está loco?

El doctor Jeffries hizo una reverencia.

—¿Loco? ¿Qué significa esa palabra? Ese es un término ineficaz, en el mejor de los casos. Quizás todos nosotros somos un poco lo que el profano llama «locos». Digamos simplemente que su hermano necesita desesperadamente atención. Él es claramente un caso mental.

—Bueno, ¿qué hacemos entonces, doctor?

Jeffries jugueteó con el secante de su escritorio.

—Sencillo. Debe ser enviado a algún lugar donde pueda estar bajo supervisión. Le

recomiendo que obtenga el consentimiento de Edward para que podamos enviarlo a Harwood Home. Allí recibirá una excelente atención. Si hay alguna esperanza de sacarlo de esta condición radica en seguir ese rumbo.

Lo consideré durante unos momentos.

—Lo que dice parece tener sentido. Por supuesto, siento que, para ser justos con mi hermano, debería obtener otra opinión.

Jeffries sonrió.

—Por supuesto, señor Allis. Edward ha estado con varios otros psiquiatras aquí en la ciudad. Estoy seguro de que encontrará que están de acuerdo con mi diagnóstico. He hablado de su problema con ellos.

—Bien, supongo que eso es suficiente —dije después de pensarlo un momento—. Dígame algo más. La fraseología de Edward fue extraña anoche. Estaba cansado y la conmoción de ser sorprendido por sus gritos fue terrible, pero me encontré mórbidamente fascinado por su insistencia de que había algo en su pierna. Doctor, usó el término «algo vivo».

—Oh, eso es muy simple, señor Allis. De hecho, encontré la clave cuando psicoanalicé a su hermano hace algún tiempo. Bajo un sedante, la hipnosis reveló un pequeño episodio bastante espantoso que tuvo lugar durante sus viajes al extranjero. Digo espantoso deliberadamente, porque, francamente, no es un cumplido para Edward. Él ni siquiera insinúa esta historia excepto, como digo, cuando está bajo la influencia hipnótica.

—Continúe —urgí con entusiasmo.

—Bueno —comenzó el doctor Jeffries—. Usted sabe que a su hermano le gustaba moverse mucho. Era un hombre codicioso, aventurero, aficionado a coleccionar curiosidades valiosas y corazones de mujeres, si podía. ¿Esto no es nada nuevo para usted?

Negué con la cabeza.

—Edward ha hecho muchas cosas que yo he desaprobado, doctor. Conozco sus defectos.

—¿Sabía que estuvo en Serbia?

—Vagamente, sí.

—Bueno, en Serbia, Edward, persiguiendo sus objetivos egoístas habituales, tuvo una experiencia de lo más desafortunada con una familia euroasiática de cierto prestigio y poder en la comunidad. Además, el episodio debe haber causado una impresión anormalmente poderosa en su mente. Parece que se enamoró de la mujer de un euroasiático. La cortejó y aparentemente la ganó. Una vez, a pesar de sus advertencias, la siguió a su casa.

El doctor Jeffries barajó algunos papeles en su escritorio.

—Tomé un registro muy completo de esta impresión. Lo tengo aquí con el historial del caso de Edward.

Miró hacia abajo.

—Sí. Aparte de la belleza, esta mujer representaba la riqueza. Edward la siguió una noche y entró en la casa del euroasiático. Una vez dentro, le dijo al hombre que su esposa debía ser suya. Además, comenzó a codiciar cualquier objeto de la casa que le llamara la atención. El anciano, aunque lisiado, lo desafió, y Edward lo golpeó brutalmente. Ante esto, el euroasiático comenzó a pronunciar ciertas sílabas ininteligibles. Eso enfureció a Edward aún más.

»Pero Edward se negó a retirarse y en su lugar se rió y se burló del viejo, llamándolo loco y finalmente golpeándolo de nuevo. En este punto, Edward notó un pequeño animal. Por su descripción, diría que una marmota. Esta criatura estaba agachada al lado del viejo. El euroasiático le dijo a Edward que nunca tendría a su mujer ni a sus objetos de valor y que él, Edward, sería el que se volvería loco. Y de todo lo que tenía, estaba dando solo su marmota para quedarse con Edward hasta que perdiera la razón.

»Ante esto, según la historia de Edward, la marmota saltó hacia él y lo mordió severamente en el muslo y luego desapareció mágicamente antes de que Edward pudiera matarla. El dolor atravesó la embriaguez de Edward y salió bruscamente de la casa con el viejo cacareando de júbilo detrás.

»Nunca volvió a este lugar. Al parecer, todo el episodio lo llenó de un pavor supersticioso, mórbido, por lo que inmediatamente abandonó el país.

Jeffries apartó la vista de los documentos del historial del caso.

—Suena como una buena historia de ficción —dije.

—Un hombre del calibre de su hermano podría meterse fácilmente en un lío como ese. Se ha aferrado a esa experiencia, lo cual le genera un sentimiento de culpa y un intenso miedo supersticioso.

—Bueno —dije—, ¿qué hay de esta cosa en su pierna?

—¿No lo ve? —dijo el doctor Jeffries—. ¡Él cree que la marmota está en su pierna!

Jadeé.

—Es extraño —reflexioné después de un minuto—. La maldición del euroasiático, o como quiera llamarla, parece haberse hecho realidad. Edward se ha vuelto loco.

Jeffries frunció los labios.

—Todo eso es una tontería. Su hermano, debido al tipo de vida que ha vivido, y probablemente debido a ciertas cualidades inherentes, es susceptible a la clase de insinuación que esto constituye. Ya sabe, a menudo se ha dicho y demostrado que el poder de la maldición vudú radica en las creencias morbosas de las víctimas.

Vi su punto. Jeffries prosiguió.

—Por eso sigue insistiendo en exámenes físicos y radiografías. Incluso me ha sugerido que hagamos una operación exploratoria en su pierna. Aunque no lo ha admitido conscientemente, está buscando a la marmota.

—Está bien, doctor. Supongo que debo estar de acuerdo con usted. Tenemos que ponerlo en un lugar donde lo atiendan adecuadamente.

Pasé tres de los días más difíciles de mi vida tratando de convencer a Edward de la necesidad de ir a Harwood Home. Finalmente, lo logré, pero solo porque el doctor Jeffries y yo concebimos la brillante idea de sugerir que podría ser muy recomendable abrir la pierna para una investigación, y esto, por supuesto, requeriría hospitalización.

Edward firmó entonces los papeles necesarios sin mucha dificultad. Lo acompañé al lugar y me convencí de que recibiría todos los cuidados. El doctor Jeffries todavía estaba a cargo y debía visitarlo varias veces a la semana. Tenía la intención de venir de vez en cuando desde mi casa.

Tres semanas después recibí la citación del doctor Jeffries. Fue críptica. Me instaba a ir a Harwood Home lo antes posible. Cuando llegué, Jeffries envió a buscarme y me explicó de inmediato el motivo de su telegrama.

—No dudo ni por un momento de mi diagnóstico original, señor Allis, pero pensé que debería saberlo. Su hermano está muy enfermo tanto física como mentalmente. Estos paroxismos de dolor ocurren con más frecuencia. Casi nunca come. Lo mantenemos bajo sedantes tanto como es posible. Pensé que debería explicárselo antes de que lo vea. Su apariencia puede ser algo... impactante.

Me alegré de que me lo advirtiera, porque mi hermano estaba casi consumido. Su rostro tenía un aspecto agudo, su nariz parecía haberse alargado y afilado, sus orejas y labios tenían un tinte azulado. Sus ojos brillaban por la fiebre, o por las ganas de verme, no sabía cuál.

—Bueno, viejo —dije con un intento de cordialidad—. El doctor Jeffries me dice que no estás siendo tan buen paciente.

—Jim —dijo—, ha sido un infierno. Cada día ha sido peor.

Frunció el ceño a la enfermera que estaba llenando su jarra de agua hasta que ella salió de la habitación.

—Mira. Mira esto.

Con un movimiento convulsivo se quitó las mantas y la sábana de las piernas. Miré su muslo derecho debajo de la pernera enrollada del pijama. Esta vez no pude contenerme. Tenía la pierna hinchada, de color violáceo en la parte superior.

—¿No ves? —gritó—. Hay algo horrible ahí. Me está subiendo por la pierna y no harán nada al respecto. ¡Me está comiendo por dentro!

Su voz se elevó histéricamente y una enfermera entró a la habitación. Le di una palmada en el hombro y salí al pasillo. Indignado, exigí ver al doctor Jeffries y finalmente lo arrinconé en un piso de abajo.

—¿Qué sucede con su pierna? —exigí—. Doctor, está hinchada. Claramente está mal.

Jeffries frunció el ceño.

—Así que la vio. Todos somos conscientes de eso, señor Allis. Pero, como ya sabe, la mente funciona de manera extraña...

—¡Al diablo con la mente! —dije—. Eso no es imaginación. Tiene una hinchazón allí. Parece como si tuviera veneno.

—Escúcheme, señor Allis. Debo ceñirme a mi diagnóstico inicial. ¿Sabe, señor, que su hermano se pasa casi todo el día pellizcando y masajeando la zona? Está obsesionado con la idea de que le están comiendo la pierna. Incluso le hemos permitido la concesión de hacerle otra serie de radiografías aquí. No muestran ninguna patología, pero él insiste en que tiene algo en el muslo, la marmota.

Yo estaba en silencio. Jeffries habló de nuevo:

—¿Puede hacer arreglos para quedarse unos días? Podría ser beneficioso para Edward.

Estuve de acuerdo.

Pero no fue por unos días, porque esa noche mi hermano murió.

Yo estaba junto a su cama cuando falleció, al igual que el doctor Jeffries. Tan frenéticas habían sido sus convulsiones, tan fanática su obsesión que, con sus propias manos, se había desgarrado cruelmente la pierna ya hinchada. En su estado debilitado, casi muerto de hambre, la angustia y la agonía de esos últimos momentos fueron demasiado para él. Recuerdo mi disgusto cuando me senté junto a su cama. La ropa de cama flojamente colgada estaba mojada con la sangre de su agonía final. Mi hermano había sido un loco en los últimos minutos de su vida.

Finalmente me levanté con el doctor Jeffries para salir de la habitación.

Estuvimos solos por un minuto, y caminamos hacia la puerta, su mano en mi hombro.

—Tal vez sea mejor así, señor Allis.

Abrí la boca para hablar cuando mi ojo captó un ligero movimiento en el rincón oscuro de la habitación. Me acerqué, Jeffries todavía estaba a mi lado. Miré, y una sensación de horror líquido, sordo, se apoderó de mí hasta que mi cuero cabelludo se erizó con una humedad sobrenatural. Porque allí, agachada en un rincón, había una criatura diminuta pero robusta, de piernas cortas, con su áspero pelaje enmarañado con sangre desde las orejas pequeñas hasta la cola corta y tupida. Simplemente se quedó allí, sentada, observándonos en silencio.

Entonces jadeé y me tambaleé hacia el pasillo.

Sentí más que vi a Jeffries todavía a mi lado. Su rostro estaba gris verdoso por la palidez. Pero ninguno de los dos habló. Ahora, pensándolo bien, ese hecho no parece extraño, porque Dios sabe que valoro mi cordura por encima de todo lo demás en el mundo.